



EL PUENTE DE MILUZE.

TRADICION HISTÓRICA.

I.

Un día del mes de Abril del año de gracia de 1351, las tortuosas calles de Pamplona, tan silenciosas de costumbre, presentaban una animacion extraordinaria.

Numerosos grupos estacionaban delante del palacio del rey, y casi era imposible el transitar por delante de la casa del *Chapitel*¹

Pecheros é infanzones, hijosdalgo y ruanos discutian con igual calor, é interesante por demás debia ser el asunto, cuando así se confundian, olvidándose de la distancia que á sus diversas clases separaba.

¿Era un público regocijo lo que allí les congregaba? El irritado aspecto de algunos, la tristeza que se reflejaba en el semblante de otros persuadian bien pronto de lo contrario.

¿Amenazaba tal vez algun peligro á su *buena villa* y se preparaban á afrontarlo, ó iba á tener lugar una de aquellas horribles luchas entre los barrios; luchas fraticidas que tan triste recuerdo han dejado y que

(1) Edificio destinado por el rey a la venta de granos: estaba situado en la *Nabarrería*.

tantas veces enrojecieron las calles de Pamplona? Tampoco podían ser estos los motivos de tamaña agitación, pues en los grupos no se notaban preparativos belicosos, y habitantes de la Nabarrería y San Cernin, de San Nicolás y la Poblacion, se buscaban y departían fraternalmente, cual si nunca hubieran estado enemistados.

Un interés comun y de alta importancia reunía indudablemente á aquellos hombres que con tanto recelo se miraban habitualmente, y así era en efecto; se trataba de una violacion del *Fuero*, y los pamploneses se unían para hacer respetar este Código sagrado, garantía de sus libertades, que los reyes los primeros estaban obligados á guardar.

Aquel día debía llegar de vuelta de una corta expedicion D. Cárlos II, y los habitantes de la ciudad se preparaban á pedirle el castigo de los que, encargados del gobierno durante su ausencia, habían osado faltar á la observancia estricta de los fueros.

Ya á la muerte de la reina Doña Juana había estallado una sedicion por el mismo motivo, y mosen Juan de Conflans, señor de Basompierre, gobernador del reino hasta la coronacion de D. Cárlos, había tenido que obrar con exquisita prudencia para no dar lugar á nuevas complicaciones en Navarra.

D. Cárlos, coronado en la catedral de Pamplona el 27 de Junio de 1350, había empezado su reinado aplicándose á la administracion de justicia, algun tanto relajada, y al buen gobierno de sus estados; así es que en los momentos en que pasa la escena que describimos, los nabarros, confiados en su rectitud, esperaban impacientes su llegada.

La ciudad tomaba por momentos mayor animacion, y á los numerosos grupos que se veían cruzar por las *ruas* de la *Tornería* y *San Gilí* venían á unirse los habitantes del arrabal de Yus la Rocha. Solo un extremo de la antigua ciudad permanecía silencioso cual si fuese indiferente á lo que en ella se iba á decidir: la Judería.

Había sido esta reedificada poco hacia, y comprendiendo sus astutos moradores que los pamploneses trataban de hacer una reclamacion que tal vez desagradara al rey, se mostraban reservados y se encerraban cautelosamente en sus pobres viviendas.

El movimiento se reconcentró en el portal y torre de *la Galea*, y el sordo murmullo que se escuchaba, era buena prueba de que se discutía con calor.

Algunos infanzones que aparecieron en la esquina de la *rua* de las

Pelleterías fueron aclamados con entusiasmo, y se dirigieron al claustro del antiguo templo que daba su nombre al Burgo de San Cerin.

—¿Sabeis, decia un alborotado jóven llamado Juanicot en medio del grupo más numeroso, que Remon de Gazolaz se niega á presentarse al rey para reclamar justicia?

—Será respeto, dijo un anciano.

—O temor, repuso otro.

—O interés, añadió el malicioso jóven. ¿No sabeis que Remon ha sido hecho infanzon de abarca? Pues ese es el secreto: teme desagradar al que le ha ennoblecido y no se acuerda de los labradores, sus antiguos compañeros; respeta más al rey que al Fuero....

—Calla, mala lengua, y ayúdame á bajar de este mulo; dijo en aquel momento un venerable y corpulento anciano, que no era otro que mosen Montolin, prior de San Juan, el cual habia escuchado las últimas palabras de Juanicot; calla y sé más prudente. Remon de Gazolaz obra bien: que al fin los reyes representan á Dios en la tierra y Dios manda respetarlos.

—¿A que no adivináis, dijo el jóven apénas se hubo alejado el prior, por qué ama tanto mosen Montolin á nuestro señor el rey? Pues no es más sino por ciertas alhajas que le dió cuando su coronacion y por ese hermoso mulo que tambien le regaló por entónces; y notad que si el rey representa á Dios, segun él dice, el mulo debe representar al rey, pues yo me sé que cuando el animal relincha, el prior se inclina como si oyera su voz.

Una carcajada acogió las últimas palabras de Juanicot, quien sin embargo se escapó ligero para evitar la correccion que merecian sus insolencias, y fué á unirse á otro grupo no distante.

Los que le habian escuchado se pusieron tambien en movimiento, murmurando:—«Ese mozo es un maldiciente y acabará mal; pero no deja de decir verdades. Solo puede hablar con energía al rey quien nada haya recibido de él; que las dádivas de los grandes sellan los labios de los pequeños.»

El tiempo iba pasando entre tanto, y toda aquella gente que habia discutido sobre la conveniencia de enviar comisionados que hicieran presentes sus quejas al monarca nabarro, se ocupaba ahora de la eleccion de las personas que debian representar á la ciudad.

Las opiniones estaban divididas; unos querian que fuesen los *jura-*

dos de esta, y otros preferían á los priores de los conventos, acompañados de algunos infanzones.

Las dudas se prolongaban más y más, cuando un honrado mercaderero del barrio de la *Brullería*, conocido por su carácter independiente, gritó con energía: —Los enviados deben ser los mismos que promovieron la sedición á la muerte de la señora reina doña Juana. No serán ellos, ciertamente, los que se humillen ante el rey si este no hace justicia; tienen probado su amor á los fueros, y ninguno merece mejor la confianza de la ciudad.

Un murmullo de aprobacion contestó á las palabras del mercaderero, y las turbas se dirigieron á los claustros de San Cernin, donde aquellos se encontraban.

Eran estos Beltran de Rocafort, Ojer de Mendiondo, Remiro de Asiain, Tristan de Aibar, Yéñego Loyana y otros varios caballeros de noble alcurnia.

El cariño que el pueblo todo les profesaba era grande, como lo probaban las aclamaciones de que habian sido objeto al atravesar la apiñada multitud, y la confianza en ellos, ilimitada.

Al saber la mision que se les confiaba, juraron sostener los ultrajados fueros del pueblo con su teson acostumbrado, y se prepararon á salir al encuentro del monarca nabarro, que lentamente se dirigía á su ciudad.

II.

A media legua próximamente de Pamplona, y en el camino que conduce al pueblo de Orcoyen, se elevaba un puente que reflejaba en las adormidas aguas del Argá sus arcos cubiertos de hiedra y el sombrío torreón que, como á todos los de aquella época, lo defendía.

Por este puente debía pasar el rey D. Carlos II al regresar de su expedicion, y ese fué el sitio que los enviados del pueblo escogieron para esperarle.

Poco hacia que aguardaban la llegada del monarca, bajo la rebajada ojiva que daba entrada á la torre, cuando se descubrió á aquel, montado en un brioso caballo y seguido de una lucida comitiva.

Presentaba esta el aspecto más extraño y pintoresco. Entre los ca-

balleros y hombres de armas venian algunos religiosos y juglares, tras de ellos el *Chambarlen* del rey; su médico, viejo judío; el *maestre hostal*, el *echanzon*, el *cambradiner* ó tesorero, y varios pajes y palafreneros, cerrando la marcha unos cuantos villanos que sostenian pesadas jaulas en donde iban encerrados leopardos, tigres y otros animales feroces.¹

El rey penetró en el puente, y adelantándose los infanzones, pusieron una rodilla en tierra, descubriéronse respetuosamente y expusieron con dignidad sus quejas reclamando justicia.

Era D. Cárlos jóven todavía, pero en su semblante se adivinaba ya su carácter duro, su génio irascible; una espesa cabellera negra hacia resaltar la palidez de su rostro, y en sus inquietos ojos se retrataba extraña expresion de fiereza.

Las incomodidades del viaje y el cansancio le hacian desear la llegada á su palacio; así es que la detencion en el puente le contrarió y predispuso desfavorablemente. Sin embargo, se preparó á escuchar á los enviados de Pamplona; pero al reconocer entre ellos á los que habian capitaneado la sedicion ocurrida al morir su madre, sus labios se contrajeron y un temblor convulsivo agitó sus miembros.

Desde las primeras palabras su irritacion fué creciendo, y ántes de que concluyeran la exposicion de sus agravios, dando un violento golpe con su crispado puño en el arzon, exclamó con ronca voz:

—¡Sabeis, villanos, que teneis la lengua sobrado larga y que á quien con tan poco respeto habla á su rey debería serle arrancada?

—Señor, replicó con nobleza Tristan de Aibar, poco conseguiríais con ello; sería menester que la arrancarais á todos los habitantes de Pamplona si habiais de acallar las justas quejas de los que ven hollados los fueros que poco hace jurasteis vos mismo conservar.

—¡Miserables! dijo D. Cárlos, voy á mandaros colgar de los matacanes de la torre, para que mi pueblo sepa que no le temo y aprenda á respetar á su señor.

—Podeis hacerlo, pero ni aun así lograríais vuestro intento; no tememos la muerte; recordad, señor, que vos...

—¡A la horca! gritó fuera de sí el monarca; y tembloroso, con los

(1) Era comun en aquella época el que los reyes tuvieran fieras en sus palacios, y D. Cárlos II fué, á lo que parece, muy aficionado á ellas, pues en el archivo de la cámara de Comptos, de Pamplona, se conserva un documento por el que consta que este rey mandó hacer *unas andas para conducir las á donde quiera que fuese.*

ojos fuera de su órbita y el rostro lívido, volvióse á sus arqueros, y señalando á los enviados repitió con voz entrecortada:—¡Colgadlos de esa torre!

Los arqueros titubeaban; aquellos hombres á quienes se mandaba ahorcar pertenecían á las casas más nobles de Nabarra: todos habían sido testigos de su valor en las frecuentes luchas que en esa época ensangrentaban el reino: recordaban los combates en que habían peleado juntos y no se resolvían á poner en ellos sus manos.

Sin embargo, un gesto imperioso de su señor acabó de decidirlos.

Los caballeros no hicieron resistencia y se dejaron conducir al interior de la torre.

Un sepulcral silencio reinaba en torno de ellos, y solo se escuchaba el murmurio argentino de las aguas que lamian los robustos machones del puente.

En aquel momento el confesor del rey, venerable religioso que, según la costumbre de la época, le acompañaba en todos sus viajes, se acercó á éste, y con suplicante voz le dijo:

—Apiadáos, señor, de esos desgraciados; pensad que sobre los reyes está Dios, y que llegará un día en que también vos habeis de ser juzgado!

El rey fijó sus centelleantes ojos en el religioso; calló un momento como sorprendido de que hubiese quien osara contrariarle, y al fin murmuró:

—El que se atreva á interceder por esos miserables les acompañará en lo alto de la torre.

En aquel instante aparecían sobre la plataforma de esta las desgraciadas víctimas. Los preparativos de la terrible ejecución estaban terminados, y los arqueros pasaban el lazo fatal á la garganta de los infelices condenados á ser *aforcados*. Un segundo después, un movimiento rápido de los arqueros los lanzaba al espacio, y según los deseos del rey, los nobles infanzones colgaban de los negruzcos matacanes.

Un grito de horror resonó entonces, y un rugido de cólera salió del honrado pecho de los pocos pamploneses que habían acompañado á los enviados de la ciudad.

Los labradores y ruanos apostrofaban á su rey con las palabras más violentas de la enérgica lengua bascongada, y su aspecto era amenazador.

Bien pronto se sabía con espanto en la ciudad el drama horrible

que acababa de tener lugar, y de todos los barrios se lanzaba el pueblo en direccion al puente.

En medio del clamoreo, una voz dominaba á las demás:—¡cuerdas! gritaban de todas partes; ¡cuerdas! se repetia en castellano y en euskaro; ¡cuerdas! para aforcar al rey D. Cárlos... el *Malo*, como él ha ahorcado á los infanzones buenos!

Y el pueblo justiciero daba aquel dia á su rey el dictado que ya no debía separarse de su nombre, y con el que se le habia de distinguir en la historia.

D. Cárlos sentia ya la enormidad de lo que habia hecho, y como una tormenta lejana, escuchaba la gritería de los que venian á su encuentro para vengar aquellas muertes, Conoció hasta dónde llegaba la inmensa cólera de sus vasallos, y se sintió perdido; comparó las fuerzas que componian su comitiva, con las turbas que en tropel se dirigian á aquel sitio, y comprendió que toda resistencia era inútil.

Entónces, tembloroso, volvió la rienda á su caballo, atravesó de nuevo el puente, y seguido de alguno de sus hombres de armas, se lanzó á escape en direccion á las montañas, desapareciendo pronto entre las quebraduras del terreno.

Mientras esto sucedia, los pamploneses llegaban al sitio donde habia tenido lugar la sangrienta ejecucion. Un espectáculo horrible se presentó á sus ojos; Beltran de Rocafort, Remiro de Asiain, Tristan de Aibar, Ojer de Mendiondo, Yéñego Loyana y sus compañeros pendian de lo alto de la torre.

El viento los balanceaba mansamente, y al pasar por entre los trebolados matacanes, lanzaba un gemido, que parecia el sollozo de aquellos desgraciados.

Su aspecto era espantoso; en sus amaratados rostros se retrataban las convulsiones de la agonía, y de sus bocas salia una espuma rojiza.

Un detalle, sobre todo, horrorizó á la multitud; todos ellos tenian colgando la lengua sobre el pecho; ¡todos tenian la *lengua larga*, como habia dicho el rey!

La impresion que este detalle causara á los pamploneses, no se olvidó jamás, y desde aquel dia, el pueblo dió al puente el nombre que más gráficamente expresa el recuerdo que queria perpetuar; *Miluze*: voz bascongada compuesta de *Mi*, lengua, y *luze*, larga.

El puente subsiste todavía, aunque trasformado; la torre que lo defendia ha desaparecido, pero su nombre se conserva como para re-

cordar á las generaciones el crimen de un rey, y el espíritu de independencia del esforzado pueblo nabarro.

III.

D. Carlos II, perseguido por sus vasallos, tuvo que refugiarse en Francia, y más tarde, cuando ya la irritacion popular se iba calmando, volvió otra vez á Pamplona.

El hecho que acabamos de relatar es una excepcion en la historia de la monarquía nabarra, donde tan cariñosa union ha existido siempre entre los reyes y el pueblo. Sin embargo, lo sucedido en el puente de *Miluze* debió servir de severa leccion á aquel monarca, y á pesar de los negros colores con que algunos historiadores lo presentan, resaltan más tarde en su carácter grandes cualidades.

Los documentos que hallamos en los archivos acreditan su piedad religiosa, su liberalidad, su justicia y su aficion á las artes y á la agricultura.

Las continuas guerras á que le arrastraron su carácter ardiente, su genio belicoso, y sobre todo las complicaciones políticas de la época, le empobrecieron hasta el punto de tener que empeñar su cinturón de plata, y verse obligado á pedir dinero para rescatarlo!

Su muerte ha sido asunto de graves disertaciones entre los historiadores, sosteniendo algunos de ellos que pereció abrasado casualmente en su lecho, en el palacio de Pamplona.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

